

# Remar mar adentro

**POLA MARGARITA PÉREZ**

Entre los días 28 de Julio y 04 de Agosto Convocados por la Conferencia Episcopal de Venezuela, nos reunimos los participantes al Concilio Plenario para iniciar la Segunda Sesión Conciliar.

Desde el primer momento en que íbamos llegando un grupo de mujeres y hombres –Laicos comprometidos– un buen número de Sacerdotes y Religiosos, nos reencontramos con nuestros Pastores de esta Iglesia-Pueblo de Dios. Se percibía un ambiente de alegría. El saludo afectuoso, espontáneo y sencillo, rompía el protocolo de la formalidad.

Todos preocupados por el quehacer de la Iglesia, con un mismo espíritu, un mismo corazón y un objetivo común: aportar lo mejor de cada uno/a desde una reflexión de hondura, con sentido crítico y ponderativo a la vez, para valorar lo bueno. Aunque era una jornada intensa de trabajo, la seriedad del mismo no le restaba alegría y la satisfacción que se experimenta cuando nos sentimos en familia, en ambiente de hermanos y amigos vivenciando la fraternidad.

Naturalmente esta experiencia nos permitía sentir el mismo gozo que experimentaron los apóstoles en la vivencia de la primera comunidad (Hechos 2.42).

El saludo de apertura en las palabras del Señor Nuncio, Monseñor André Dupuy, de entrada nos plantearon un desafío a todos los Conciliares, nos invitaba a hablar y a aportar una reflexión calificada.

“A ustedes les corresponde según la experiencia de cada uno hacer que

estos documentos no se queden en puras bellas palabras, sino que desde un auténtico espíritu de comunión tomen aquellas decisiones pastorales necesarias, en los momentos presentes”.

En esta reflexión nos comentaba el diálogo entre Abraham y Yahvé (Gen18, 20-32), nos decía: este texto nos muestra a un Dios que se revela, como quien ama la “contestación”, es decir, el cambio, la discusión, la insistencia.

Con este bonito saludo de motivación y de interpelación nos fuimos adentrando en este intenso trabajo.

Seguidamente escuchamos a Monseñor Ovidio Pérez Morales presidente del Concilio quien nos presenta este tiempo de la Iglesia como un “Acontecimiento de Esperanza”, y citando al Papa Juan Pablo II en su carta apostólica “Al comienzo de un Nuevo milenio” nos invita a retomar las palabras de Jesús cuando le dice a Simón Pedro: “Rema mar adentro”. “Esta palabra resuena también hoy para nosotros y nos invita a recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza al futuro. El lanzarse mar adentro exige una buena dosis de coraje para peregrinar en lo desconocido, una confianza radical en el Señor, un saber aprender dejándose interpelar, una labor de conjunto como fruto de una vivencia de comunión”.

¿Qué significa para nosotros Remar mar adentro? ¿Cuál es la novedad que nos propone el Señor en esta invitación tan directa y concreta?

Es un tiempo de paso del espíritu por nuestro país, justamente en la realidad que vivimos hoy.

No obstante, esta gracia del espíritu vivificador, renovador de toda la faz de la tierra, vivimos el reto de abrir los ojos y darnos cuenta, de que este es un tiempo muy importante para todos nosotros los bautizados que conformamos la Iglesia-pueblo de Dios, de ahí nuestro protagonismo necesario e insustituible como sujetos activos de la Iglesia que queremos y soñamos.

El Concilio Plenario es la oportunidad para manifestar los cambios que deseamos, desde una actitud crítica, constructiva y enriquecedora con mirada positiva para reconocer los

frutos y valorar los esfuerzos que se están haciendo, por vivir cada día en fidelidad a ese mismo Espíritu.

Somos conscientes, de que somos parte de una Iglesia que como todo lo humano es vulnerable e imperfecta. Que su realidad de pecado la recordamos en cada Celebración de la Eucaristía todas las veces que respondemos a la petición “antes de celebrar estos sagrados misterios reconocemos nuestros pecados”. También es cierto que todos estamos necesitados de una verdadera conversión que nos haga renacer de nuevo por el agua y el espíritu. (Jn.3.5)

Ahora bien, independientemente de las fallas que tenemos como Iglesia, está la responsabilidad de asumir con valentía y coraje la vivencia de la fe y la experiencia de nuestra vida cristiana.

Es providencial la revisión planteada por la Iglesia, a través del Concilio en estos tiempos nuevos. El fin e inicio de un milenio para los cristianos tiene una significación histórica por el nacimiento de Jesús, acontecimiento que nos invita a leer los signos de los tiempos en el presente, para aclarar lo que ha permanecido igual y lo que ha cambiado. El cambio de siglo nos tiene que mover a la reflexión, ya parece que nos encontramos ante una nueva época que viene acompañada de transformaciones significativas, tanto en la manera de organizar y ordenar la realidad, como en lo que se refiere a los cambios en las acciones, en los hechos, en la manera de entender el mundo y todo lo que hay en él. Todo esto que nos toca vivir exige una nueva mentalidad, una apertura para acoger la novedad, esfuerzo para comprender e identificar los desafíos y las posibilidades que están entre nosotros, para renovar nuestra esperanza, nuestra fe y así descubrir los indicadores del camino del Espíritu en el futuro.

Es tarea del Concilio tomar en cuenta esta realidad de cambios estructurales y coyunturales, ya que nos plantea desafíos de discernimiento y de toma de posición frente a valores que consideramos inherentes a la conciencia cristiana y que no son negociables.

Todo ello deberá ser abordado y supone una aceptación básica del momento histórico, que no debe ser pasiva, legitimadora y acrítica.

Por otra parte, la situación concreta nos pide una proclamación del mensaje de Jesús, desde la necesidad urgente de afirmar y recuperar valores: equidad-justicia, tolerancia, honestidad, solidaridad. Pues es en este tiempo, y en esta historia en que el mensaje evangélico debe ser encarnado. Necesitamos profundizar cuáles son los valores que están en juego y cómo están afectando a nuestro pueblo, especialmente a los más pobres.

En este sentido, el Concilio debe llevarnos a hacernos cargo del débil, del pobre, del rechazado por el sistema. Y desde la vida y el amor, actuar en libertad al estilo de Jesús para defender a todos aquellos que lo único que les queda es la certeza de sentirse hijos de Dios, o la esperanza de que otros lo reconozcan hermano, aunque no tenga donde caerse muerto.

Prestar atención a las nuevas señales de los tiempos, es una tarea imprescindible de la Iglesia en esta misión Conciliar; no tener miedo. Escuchar y asumir el encargo de ser pescadores de mujeres y hombres. Empeñarnos en congregar a los que están excluidos, dispersos. Organizar propuestas pastorales nuevas que vinculen a todos los que se consideran sin lugar en la Iglesia. Diseñar proyectos pastorales orientados a la búsqueda de la oveja perdida. Vivir el seguimiento a Jesús desde la experiencia de sentirnos necesitados de una verdadera conversión personal, que nos cambie el corazón, por uno de carne y nos dé entrañas de misericordia, para vivir en actitud de compasión, de condolerse ante tantos hermanos nuestros que sufren. Que aprendamos a vivir nuestra adhesión al Dios vivo, convencidos y convencidas de que ser agente de pastoral es consolar al pueblo y convocarlo, reunirlo, comprenderlo. Ayudarle a abonar la tierra para que continúe germinando la semilla de esperanza, la capacidad de resistencia y la fe madura y profunda en el proyecto del Reino de Dios.

Todo esto se convierte en nuclear para nuestro Concilio Plenario, y por supuesto para todos nosotros cristianos. La meta es vivirlo con hondura, entrándole al tema sin miedo, sino como hombres y mujeres de fe, como discípulos que se fían absolu-

tamente del maestro, en escucha y en obediencia fiel.

En este sentido, sus conclusiones ya esperadas, tienen que ser válidas, actuales para el momento de hoy y también para el de mañana.

Que nuestro 1er Concilio Plenario tenga algo nuevo que decirle a las generaciones de hoy y a las futuras. Esto es Remar mar adentro.

El pasaje de la pesca milagrosa deja claro la actitud, el modo de actuar de proceder y por tanto de vivir de quien se considera discípulo.

La escucha, docilidad al Maestro y la fidelidad a la propuesta del seguimiento, son condiciones fundamentales.

Jesús habla y dice: "Simón Rema mar adentro" sigue conversando y añade: "no temas de hoy en adelante serás pescador de hombres". Simón Pedro, acepta echar las redes aunque desde su experiencia, de pescador, sabía que no había posibilidad de éxito.

Remar mar adentro es vivir la oportunidad de disponernos a participar con espíritu de discípulos, tener la mente y el corazón listo para comprender, especialmente para escuchar ¿qué dice Jesús hoy? y ¿qué dice nuestro pueblo?

En síntesis, encontramos en el Concilio nos pone a todos en una sana tensión y en la exigencia de crear y de aportar lo mejor y lo bueno. Tenemos entre manos grandes desafíos especialmente en las comisiones temáticas, ya que las mismas deben organizar su plan de trabajo con la participación de todos los miembros de la comisión.

La materia prima del trabajo será el resultado de la consulta a la base del pueblo. Unido a la línea de pensamiento que en discusión van produciendo los integrantes de la comisión, complementada con los contenidos de expertos o especialistas en el área. Así sucesivamente se van produciendo unos contenidos que en dinámica de flujo y reflujo van desarrollando los núcleos.

Por otra parte, es importante que las comisiones sigan siendo instancias de reflexión, de confrontación y de discusión para que haya producción de contenidos.

Es necesario que los que conforman estas comisiones, se apropien del tema (y no del documento), teniendo dominio de él y que la prioridad no sea la elaboración final de un documento, sino la riqueza de los contenidos y la satisfacción de haber trabajado, analizado, reflexionado y urgado, un tema sin que queden aspectos importantes de la vida que se obvian.

Por respeto a la verdad y a la experiencia que vamos teniendo, en esta Jornada conciliar, hay que reconocer que esta segunda sesión, ha sido muy buena. Para todos fue una experiencia de vida cristiana y de vivencia de fe. Experiencia de Iglesia viva, que quiere unir sus pasos al caminar de su pueblo y que busca con preocupación responder a los anhelos de la gente sencilla.

El ambiente muy fraterno. Nuestros Obispos como verdaderos pastores, como hermanos y amigos al mismo tiempo. Es justo reconocer y felicitar a todos los laicos que con tanto gusto y cariño han dedicado y siguen dando muchas horas de trabajo a toda la organización del mismo.

En cada uno de nosotros, desde nuestra identidad y sentido de pertenencia a la Iglesia Católica, queda el reto de saber leer estos signos de los tiempos, como palabra del Señor que nos habla hoy. Disponernos para la escucha, preparar el oído y el corazón para acoger lo que nos quiere decir el Señor, o nos está diciendo. Vivir nuestra relación filial de considerarnos hijos e hijas de Dios, todos hermanos y hermanas. Esto es "Remar mar adentro"

**HNA POLA MARGARITA PÉREZ M.**  
CONGREGACIÓN HERMANAS DEL ÁNGEL DE LA  
GUARDA.

CONCILIO PLENARIO  
- VENEZUELA -